

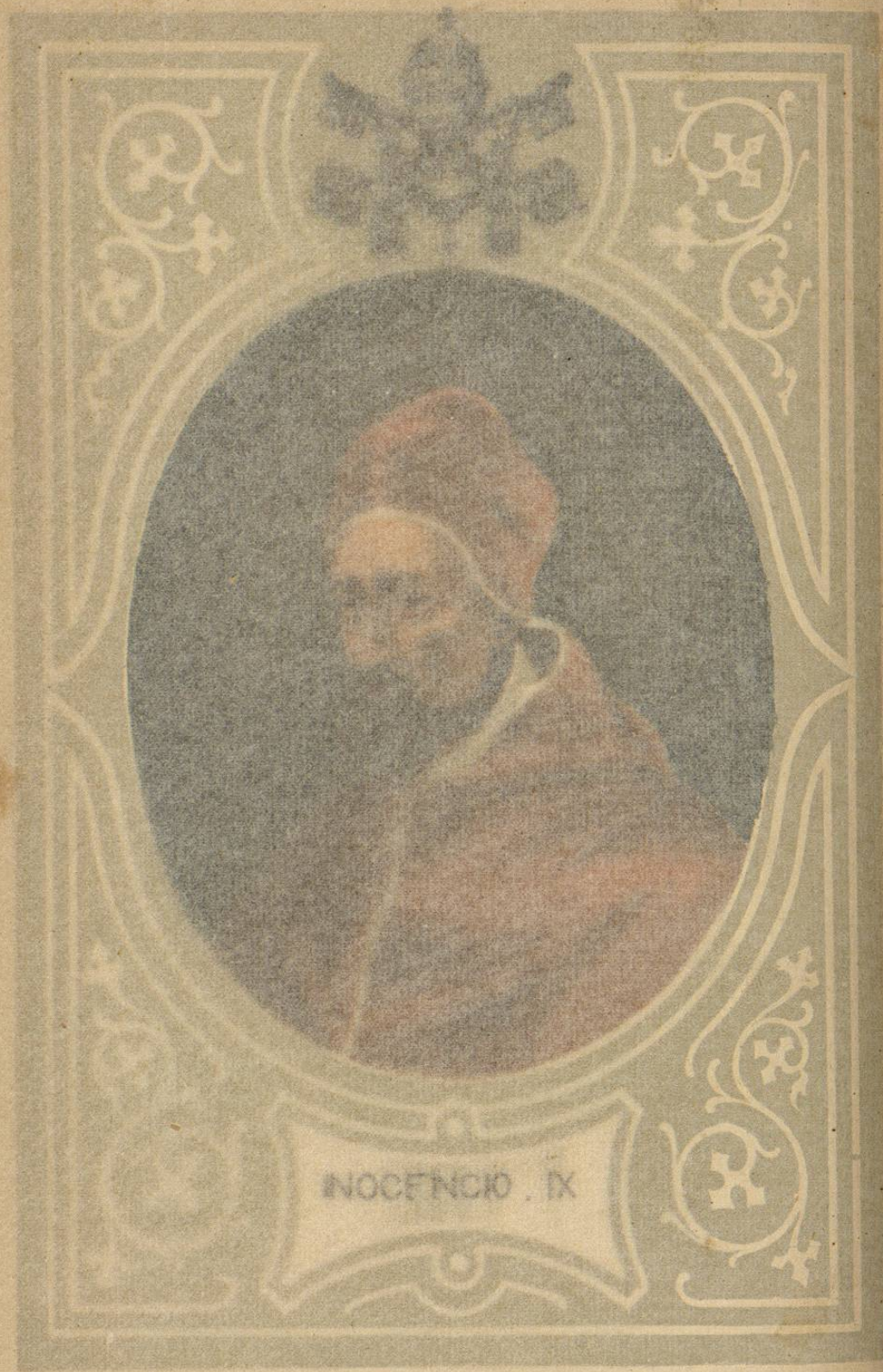




nuevo Pontífice había obtenido en Bolonia el grado de doctor; en Roma fué secretario del cardenal Ardinghelli y Pablo IV le nombró referendario de ambas firmas. Designado luego por Pio IV obispo de Nicandro, intervino también, como su antecesor, fructuosamente para la Iglesia, en el concilio de Trento y enviado luego, por San Pio V, en calidad de nuncio, á la república de Venecia, trabajó con entusiasmo por la realización de la Santa liga que había de dar en Lepanto golpe mortal al poder de la media luna; Gregorio XIII le dió el título de patriarca de Jesusalen y le agregó á varias congregaciones, concediéndole la púrpura en Diciembre de 1583. Finalmente, Gregorio XIV le encargó la presidencia del Tribunal de la Signatura ó de la Firma; y en tantos y tan diversos cargos dejó muy alta su reputación de probidad, inteligencia y celo en pro de la verdadera religión.

Con tales antecedentes, no es extraño que al segundo día del cónclave que comenzó el 28 de Octubre de 1591, fuese elegido pontífice, y coronado el dos ó tres de Noviembre, tomando posesión de la Basílica Lateranense el 8, y no el 6, como erróneamente han sostenido algunos. Juan Antonio Facchinetti, tomó al subir á la Silla de San Pedro, el nombre de Inocencio IX y aunque no fué ya larga, sino brevísima su estancia en la Tierra, realizó tan nobilísimos actos que le conquistaron generales simpatías. Su venerable semblante revelaba bien á las claras las principales virtudes que le adornaban: la austeridad, la afición á la penitencia y á la templanza que llevaba hasta el punto de no comer sino una vez al día, y la frecuente meditación de la muerte, de la cual dejó memoria en una pintura, obra suya.

Inocencio IX confirmó una vez más la bula de San Pio V prohibiendo enagenar las tierras de la Iglesia romana, proveyó en abundancia á las necesidades de Roma, socorrió prodigamente á los pobres, alivió á los súbditos de tributos y gabelas, supo, con sabias medidas, hacer bajar los precios de los artículos de primera necesidad, en tiempo de carestía, y consiguió, sin tocar al tesoro reunido por Sixto V y que debía reservarse para mayores calamidades, hacer frente á la peste y al hambre, inseparables compañeros, según se ha dicho, y ostentar, en las ocasiones necesarias, justo fausto y justísima magnificencia. Acogió con dignidad á Vi-





cente IV Gonzaga, duque de Mantua, prometió auxilio contra los rebeldes al rey de Polonia Segismundo III; trató prudentemente los asuntos relacionados con España y mirando solo al bien de la religion procuró socorros á la Santa liga contra los hugonotes, disfrutando justamente al saber la noticia del levantamiento del asedio de Raon, por las armas de Alejandro Farnesio. Jamás concedió gracias ni favores sino en la seguridad de que eran otorgados á personas merecedoras de ellos; y en todos los hechos citados y otros de menos importancia que se omiten, dió claras y evidentes muestras de que hubiese sido un excelso pontifice, de no haber sido llamado al cielo el 29 ó 30 de Diciembre de 1591, segun varios escritores, fecha que otros cambian por la de primeros de 1592.

Con motivo del fallecimiento de este papa, ha consignado un autor las siguientes apreciaciones: «Se ha dicho de Sixto V, que »pasó como un meteoro, pero ¿era acaso culpa suya que su obra »de equilibrio político se desmoronase merced á tres vacantes de »la Silla de San Pedro ocurridas en diez y seis meses, á la insuficiencia de sus sucesores y á las audaces imposiciones de los »cónclaves? No nos atreveremos á decir con el anotador de Ranke »que *Dios arrebatando rápidamente de esta vida á Urbano VII,* »*Gregorio XIV é Inocencio IX, contrarios á las miras de Sixto V* »*respecto á Enrique IV, daba la razon á la política del gran papa;* »mas es lo cierto que la mision pacificadora del papado sufría un »eclipse, que los intereses religiosos y nacionales de Francia luchaban contra las excomuniones, el oro y las armas, que se retardaba »la conversion de Enrique IV y que Venecia y la Italia toda, veian »con malos ojos que los Papas contribuian á fomentar el despotismo extranjero, ya bastante gravoso para la Península, para la »misma Roma y aun para los cónclaves.» De las anteriores líneas solo están justificadas las alabanzas á Sixto V, pues los cargos que en ellos se dirijen á sus sucesores son completamente gratuitos, pues su conducta, como se ha hecho notar, era obra de las circunstancias y laudable, con arreglo á estas, contribuyendo siempre, no á aumentar males de ninguna clase, sino á disminuir estos y procurar grandes bienes. Acaso, ha de repetirse una vez mas, sin los rigores de los que sucedieron á Sixto V en el solio pontificio, no hubiera sido tan grande ni tan eficaz la presion que

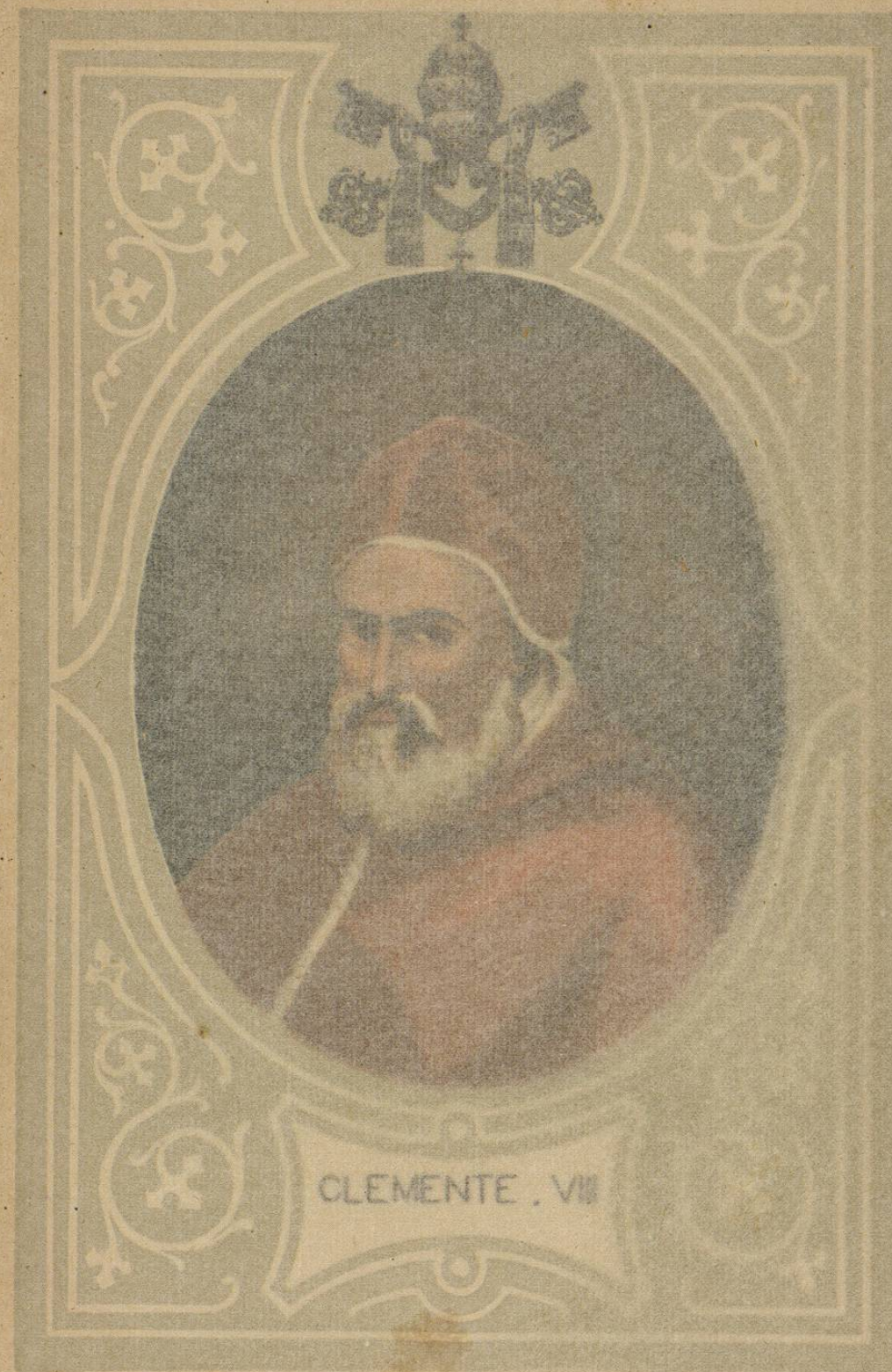
movió al Bearnés á convertirse á la verdadera fè y Francia hubiese corrido el riesgo de ser, en cuanto á religion, un nuevo ejemplar de la Gran Bretaña. Y conste que esto no envuelve censura de ninguna especie respecto al proceder de aquel gran papa porque entre los tiempos de este y los que alcanzaron sus sucesores habia diferencia inmensa. Enrique, rey de Navarra, pretendiente al trono francés, sin grandes probabilidades de adquirirlo é inclinado á la conversion, podia y aun merecia ser tratado con indulgencia. Enrique pretendiente casi seguro de alcanzar la corona real de Francia por la fuerza de las armas, y cuanto mas poderoso, mas obstinado en su herético error, debia ser tratado con entereza por los Vicarios de Cristo que, á semejanza de todos los primitivos y verdaderos y fervorosos cristianos, eran humildes y llenos de mansedumbre con los débiles, pero con los fuertes habian de mostrarse penetrados de aquella noble y cristiana altivez que hacia posponer todos los intereses materiales al interés supremo de la Religion. No de otra manera se justifican las excomuniones, los entredichos, las penitencias y otras muchas saludables medidas de rigor que en todas épocas y en todos los paises se ha visto obligado á aplicar el Sumo Pontifice, sin que la adopcion de tales medidas haya podido ser considerada por las personas imparciales y de buen sentido, como en pugna con la mansedumbre y el espíritu de concordia y de caridad evangelicas, de que, en circunstancias diferentes por completo, han dado muestras los mismos papas que antes ó despues se mostraron enérgicos ó bien alguno de sus antecesores ó sucesores. Juzgar los hechos de otra suerte valdria tanto como acusar á un médico de inconsecuente porque habia recetado una sangría á un apoplético y no se la habia mandado dias antes del ataque de la enfermedad, ni se la prescribia despues de pasada la dolencia. La mayor parte de los cargos que se formulan á la Iglesia y sus mas altos representantes son tan ridículos como el que se acaba de indicar; y los otros que, en la apariencia, pueden ser considerados como de mas peso, en realidad contienen tanta ridiculez y son tan fútiles como aquel. Pero prescindamos de digresiones y sigamos enumerando los altos hechos realizados por los herederos de aquel Pedro á quien Jesucristo puso como fundamento de su edificio y que tanto han contri-



buido, contribuyeñ y contribuirán de cierto, á que este sea cada día mas sólido é indestructible, para que se realice, como no puede menos de suceder, la profecía del Divino Redentor, cuando hablando de su Iglesia, dijo: *et portæ inferi non prevalebunt adversus eam.*

Hipólito Aldofrandini nació en Fano, de padres florentinos y estudió en Ferrara y Bolonia la carrera de jurisprudencia; dedicado luego á la Iglesia fué nombrado cardenal en Diciembre del año 1585 y desempeñó con inteligencia y celo diversas comisiones que por los anteriores pontífices le fueron confiadas, siendo tan grande la fama de sus virtudes que con general asentimiento fué proclamado pontífice el veinte ó treinta de Enero del año 1592. Antes de admitir el cargo elevado para que habia sido elegido, acercóse al altar, se postró de hinojos y con abundantes lágrimas rogó al Señor que permitiese que se le secara la lengua al ir á manifestar que aceptaba la tiara, ni esto no era grato á El ni habia de redundar en beneficio de la república cristiana. Al ascender á la dignidad de supremo gerarca de la Iglesia, adoptó el nombre de Clemente VIII y luego de ser consagrado obispo en 2 de Febrero, fué coronado el 9 del mismo mes y tomó posesion de la Basílica lateranense el 12 de Abril.

En vano algun mal intencionado ha hecho notar, acusando de nepotismo á este pontífice, que uno de sus primeros actos fué nombrar cardenal á su sobrino Pedro, pues sobre que tenia gran necesidad de rodearse de personas fieles, era su pariente tan avanzado en años como en virtudes que le hacian merecedor de la susodicha dignidad, como ha probado incontestablemente el cardenal d'Ossat. Y sabido es, por otra parte, que el nepotismo censurable consiste en conceder cargos ú honores á personas indignas, por el solo hecho de su parentesco con los que las benefician. Distinguióse desde el principio Clemente por su celo, inteligencia y justicia, así en los juicios como en las audiencias y en las congregaciones, no menos que por su tino en rodearse de auxiliares virtuosos y capaces, como lo probó, en otras, su eleccion de Baronio para confesor y consejero. Su claro entendimiento y su profundo dominio de los dogmas y principios de la verdadera religion quedó plenamente demostrado así en multiples discusiones teológicas, á





buido, contribuirán y contribuirán de cierto, á que este sea cada dia mas sólido e indestructible, para que se realice, como no puede menos de suceder, la profecía del Divino Redentor, cuando hablando de su Iglesia, dijo: *et portæ inferi non prevalebunt adversus eam.*

Hipólito Aulofrancesco nació en Fano de padres florentinos y estudió en Ferrara y Bolonia en la facultad de jurisprudencia: dedicado luego á la Iglesia fue nombrado cardenal en Diciembre del año 1585 y desempeñó con religiosidad y celo algunas comisiones que por los anteriores pontífices le fueron encargadas, siendo tan grande la fama de sus virtudes que con general asentimiento fué proclamado pontífice el veinte ó treinta de Enero del año 1592. Antes de admitir el cargo elevado para que habia sido elegido, acercóse al altar, se postró de hinojos y con abundantes lágrimas rogó al Señor que permitiese que se le secara la lengua al ir á manifestar que aceptaba la tiara, ni esto no era grato á El ni habia de redundar en beneficio de la república cristiana. Al ascender á la dignidad de supremo gerarca de la Iglesia, adoptó el nombre de Clemente VIII y luego de ser consagrado obispo en 2 de Febrero, fué coronado el 9 del mismo mes y tomó posesion de la Basilica lateranense el 12 de Abril.

En vano algun mal intencionado ha hecho notar, acusando de nepotismo á este pontífice, que uno de sus primeros actos fué nombrar cardenal á su sobrino Pedro, pues sobre que tenia gran necesidad de rodearse de personas fieles, era su carácter tan avanzado en años como en virtudes que le hacian merecedor de la susodicha dignidad, como ha probado incontestablemente el cardenal d'Ossat. Y sabido es, por otra parte, que el nepotismo censurable consiste en conceder cargos ú honores á personas indignas, por el solo hecho de su parentesco con los que las benefician. Distinguióse desde el principio Clemente por su celo, inteligencia y justicia, así en los juicios como en las audiencias y en las congregaciones, no menos que por su tino en rodearse de auxiliares virtuosos y capaces, como lo proba, en otras, su eleccion de Baronio por confesor y consejero. Su claro entendimiento y su profundo conocimiento de los dogmas y principios de la verdadera religion quedó por siempre demostrado así en múltiples discusiones teológicas, á

